

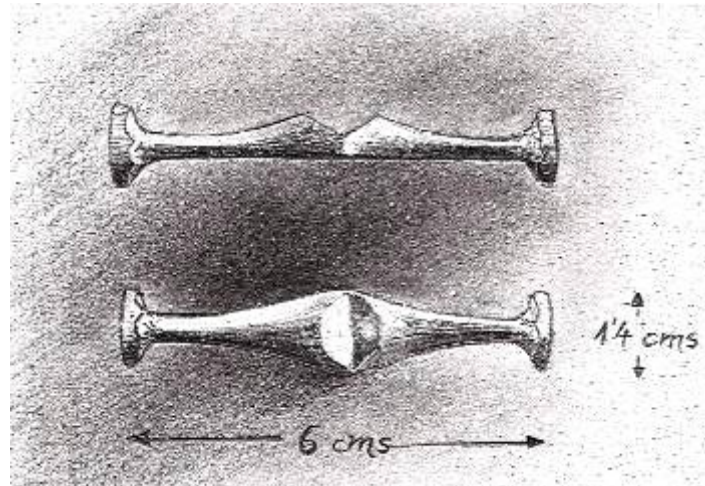
“FRENANDO LAS BAIFAS...”

Las baifas, y los baifos, desde el momento en que nacen cumplen con su condición de ser animales mamíferos. Esto es, se agarran de modo instintivo, diríase que casi por mandato creador, a la teta de sus orígenes de la cual chupan toda la leche posible hasta saciar su glotonería. Pareciera que llevaran meses sin comer, como si alguien se hubiese olvidado de alimentarlas durante todo el periodo que en el vientre de sus madres han estado gestándose. Y éstas aguantan pacientemente los embistes a los que sus mamas son sometidas, quizás creyéndose culpables de ese olvido alimenticio. Les pasa a todas las madres.

A medida que transcurren las semanas, meses incluso, los embistes y arremetimientos a los que son expuestas las tetas de esas generosas ubres, las cuales manan el beleten misericordioso capaz de abrir paso a la vida, dejan de ser soportables. Hartas de tantos pellizcones, las madres ya sienten que sus hijas deben empezar a convertirse en rumiantes, condición esta otra para la que también han nacido, y como tales deben encontrar el sustento en la hierba, rastrojos y pastos que en la tierra han sido puestos para la subsistencia de sus caprinas vidas.

Por otro lado, a las mamonas baifas les saldrá unas competidoras que ya estaban ahí antes que ellas: las presurosas y ordeñantes manos del pastor, que en caso de sentirse cansadas serán sustituidas por las chuponas de las inagotables máquinas ordeñadoras. Ante tremendos contendientes nada podrán hacer estos ingenuos e inocentes animalitos que hace poco acaban de atracar a un mundo donde no tan solo son ellos los que tienen hambre. La vida se ha de abrir a un paso todavía mayor.

Es entonces cuando llega el momento de destetar a las baifas. Y el intelecto del pastor lo ha llevado a crear un ingenio o elemento que le permita hacerlas entender que de las ubres de sus madres ya no van a obtener nunca más el preciado alimento. La leche que ahora producen las cabras que meses atrás fueron parturientas ya no es lactante y debe pasar a convertirse en quesera. Y es ahí donde entra en juego el “frenillo”.



Consiste este instrumento pastoril en un trozo de madera que, tallado convenientemente a golpe de naife sobre un trocito de rama de balo o cornical, es colocado de manera peculiar en la boca del infante animal permitiendo que éste pueda comer pero no succionar. El “frenillo”, llamado así por los pastores, tiene la particularidad que, orientado hacia el velo del paladar por la parte plana de la madera y dejando hacia la lengua su parte barriguda, que posee una hendidura característica en el centro, posibilita la entrada de aire entre ésta, la teta y el paladar. De esta manera, cuando las baifas intentan mamar se ven impedidas de hacerlo. En vez de leche solo conseguirán aire y, si ya es difícil para algunos vivir tan solo de pan, imaginemos que ellas tuvieran que hacerlo solamente de efluvios aéreos.

Y no será la entrada de estos efluvios la única razón por la que no puedan mamar. Además de este motivo, otro más poderoso es que el frenillo impide a la lengua encontrar el contacto con el paladar en el acto instintivo del chupar. Al no existir este contacto, necesario hasta en los mamíferos humanos a la hora de fumar en cachimba, queda anulada la mamanza.

Por este tipo de razones los frenillos no tienen porqué guardar el mismo grosor. Basta con que impidan el contacto anteriormente referido. Pastores hay que los prefieren un poco mas finos que el detallado en la figura anterior. No usan el balo, sino el cornical, considerando que es madera más duradera y mucho más resistente. Esto les faculta realizar frenillos no tan gruesos que permitan mayor entrada de comida masticable y proporcionen menos molestias al animal a la hora de rumiar.



El frenillo se sostiene amarrándolo con cordeles por sus dos extremos tallados específicamente para ello. Estos dos extremos sobresalen de la boca por entre los besos del animal y los cordeles van a atarse desde ahí hasta sus incipientes cuernos.

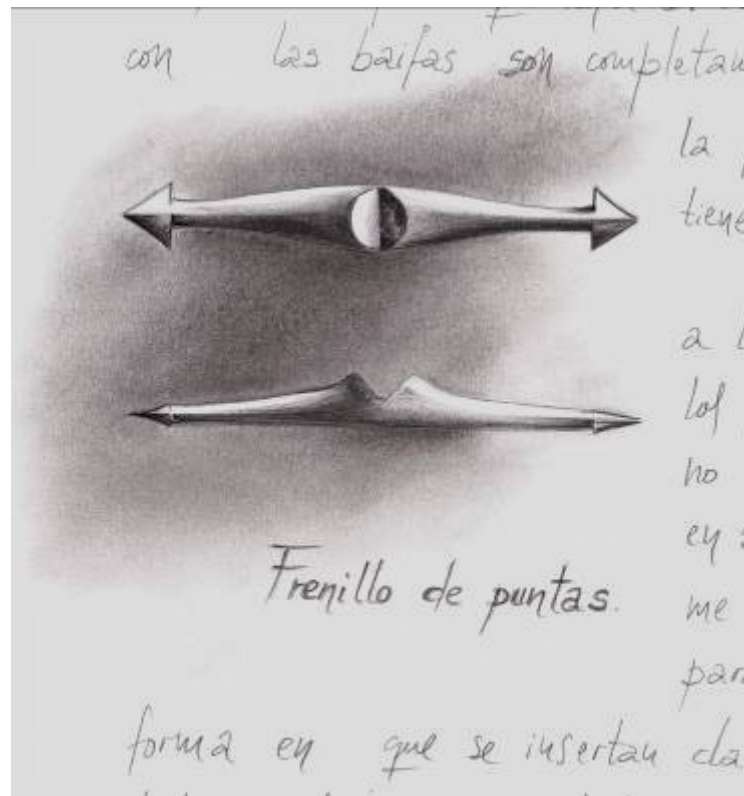


Esta es una forma de amarrar los frenillos para “frenar” a las baifas: cruzando los cordeles por sus frentes y amarrándolos de sus cuernos. Pero no es la única ni la más preferida por los pastores. Los cuernos de estas jóvenes hembras están principiando su crecimiento y son relativamente blandos. Sujetar el frenillo de ellos produce un efecto secundario no deseado ya que los cuernos probablemente crecerán en direcciones diferentes a la que la naturaleza ha previsto. Hemos comprobado esta circunstancia en cabras que de pequeñas fueron frenadas de esta manera y que ahora poseen una cornamenta bastante dispar: mientras una de sus defensas mira para el risco, la otra jala para la carretera.

Si añadimos un trozo de cuero o “baqueta”, que colocaremos sobre el puente de la nariz del animal, con dos orificios por donde pasan los cordeles, estos seguirán por debajo de las orejas hasta anudarse en su cogote. De esta manera conseguiremos una buena colocación del frenillo al mismo tiempo que dejaremos sus cuernos tranquilos.



Una forma tradicional, prácticamente en desuso, de frenar las baifas consistía en hacerlo con un frenillo cuyos extremos terminaban en una especie de punta de flecha. Estas puntas eran clavadas, literalmente insertadas, de adentro hacia fuera en los bordes de los labios superiores.



El rebaje o muesca realizada en la parte posterior de la punta impide que el frenillo se salga y quede mantenido allí donde es situado. Este “piercing yanomami” puede hacernos considerar más animal al pastor que a su ganado. Nosotros no entramos en esas consideraciones. Nos limitamos a recoger un aspecto del pasado que hoy en día no hemos visto aplicar. Aparte que el animal, aun después de adulto, pierda agua por estos dos agujeros a la hora de beber, los pastores con los que hemos tratado son incapaces de usar este sistema de frenado. Y por supuesto que estos frenillos no son reciclables. No habría más remedio que partirlos para poderlos retirar.

Las baifas y los baifos que son frenados con el sistema que usa un trozo de cuero y cuyos cordeles se anudan al cuello, no tienen ningún problema a la hora de comer y rumiar. Tampoco sufrirán malformaciones en sus cuernos. Probablemente en poco tiempo olvidaran la teta de su madre y dejaran de buscarlas en inútiles intentos por mamar de ellas. Este tiempo variará según el animal. Puede oscilar entre un día, ha llegado a suceder, semanas o varios meses. Transcurrido el tiempo que el pastor cree conveniente en cada caso, les retirará los frenillos y guardará aquellos que estén en disponibilidad de volver a ser reutilizados. Es por ello por lo que prefiere la madera de cornical a la del balo.



En cuanto a la realización de los frenillos, aprovechará el pastor los pocos ratos libres de los que dispone para dedicarse a esta cuchillera ebanistería. Y esta vez encontró la ocasión cuando el ganado andaba absorto entre tanta hierba verde que ha crecido por aquí en las últimas semanas. El año ha sido generoso en lluvias y a esa generosidad hay que corresponder aumentando el número de labores que en un futuro inmediato serán proporcionales a un aumento productivo, tanto en leche como en número de caprinas habitantes. Cuando las cabras se pongan de parto, el trabajo se multiplicará y no debe el pastor esperar a verse con el culo a dos manos. Por lo tanto empleará cualquier momento disponible, y es ahora, con el entretenido verde como aliado, buena ocasión para ello.



En este caso usó algunos gajos de balo, de aproximadamente centímetro y medio de grosor. Una vez despojados de sus ramas comenzó con la operación, casi instintiva y metódica, de la confección de estos elementos. Primero les mide el largo. En su matemática pastoril se corresponde esta distancia con el grosor de sus tres dedos. Mirando los míos, y pareciéndoles excesivamente gruesos para su entender, me sugiere que busque alguna ecuación convertible en la que la suma de las variables nos dé como resultado seis centímetros. Una vez aclarado este concepto, realiza la marca en todo el perímetro del gajo de balo y por ahí lo corta.



El trocito de rama resultante es pelado para eliminarle su corteza y conseguir el grosor deseado. Para esto no nos sirve la referencia de sus dedos y, descartada de antemano la de los míos, me concluye en que centímetro y medio aproximadamente es el grueso adecuado.

Tallamos primero los extremos realizando pequeñas hendiduras con nuestro afilado cuchillo que, unido a la suavidad y blandura de esta madera, nos permite de forma fácil realizar las cabezas o topes del frenillo.



Alisamos la distancia entre las dos cabezas por una de sus caras. Esta parte la dejaremos totalmente plana y será la que irá orientada hacia el velo del paladar que, al ser éste de forma cóncava, no hará contacto con él. De esta forma evitaremos las molestias que tal fricción pueda producir, permitiendo al mismo tiempo la entrada de más comida.



La otra cara la confeccionamos de forma que nos quede barriguda en su parte central y más fina a medida que nos aproximamos a sus extremos. En el centro de la barriga le realizamos dos hendiduras inclinadas que nos permitirán realizar la pequeña muesca característica de los frenillos



Nuestro frenillo está terminado. Hemos de aprovechar el tiempo y seguir haciendo más pero será en otra ocasión. Ahora debemos volver a poner nuestra atención en el ganado. Éste anda suelto y dentro de poco lo reuniremos para volver a virarlo para el corral. Así que recogeremos los cigarros, la cachimba, el cuchillo y el sombrero, guardaremos los frenillos en la talega y partiremos presto porque la luna creciente nos está susurrando que la noche está al caer.



... desde el barranco, un abrazo y... buenas noches.

Eduardo González.